

## LA MUERTE DE MADERO, APOSTOL Y MARTIR

*Al director de la cárcel preventiva de la ciudad de México, se le ocurrió que yo hablara ante el obelisco que en la antigua penitenciaría señala el sitio en que fueron rematados Madero y Pino Suárez. Esto me hizo releer el notable libro de mi querido amigo el doctor Manuel Márquez Sterling: Los últimos días del Presidente Madero y de ahí nació el escrito que se leerá a continuación.*

*Cuando me topo con revolucionarios que niegan a Madero, dudo de que hayan sido sinceros simpatizadores de la redención del pueblo. Porque si alguna vez ha habido un hombre que haya llegado al corazón de los mexicanos más pobres, de los más humildes representantes de la gleba, ese hombre fue Francisco I. Madero.*

Hace cincuenta años —medio siglo— estábamos en plena decepción trágica. Uno de los períodos más negros e ignominiosos de nuestra Historia se desarrollaba en la capital de la República. Los enemigos de la Revolución, por no haber sido decapitados, volvían al poder y se ensañaban con los románticos de la gesta revolucionaria, que perdonaron a quienes, por estar emponzoñados, volverían a la carga para tomar la revancha. En política las transacciones casi nunca llegan a buen fin. La Decena Trágica traería de nuevo el predominio de los hombres del porfirismo, que de una manera tonta creían que el impulso tomado por las clases populares iba a detenerse. Afortunadamente el triunfo de la reacción iba a durar sólo unos meses. En cambio, los crímenes de Huerta y sus secuaces habían hecho enardecer las energías de los revolucionarios, cuyos ímpetus se agigantaron. A partir del fatídico mes de febrero de 1913, el pueblo se levantó en armas por todas partes. No fueron ya cuatro o cinco Estados los que pidieron pelear contra la reacción: fue el país entero, de Baja California a Chiapas, de Veracruz a Nayarit. Hay un adagio vulgar que no por repetido pierde certidumbre: “No hay mal que por bien no venga”.

\*  
\* \*

El hombre que viniendo del campo y del mundo de los negocios dio al traste con la prolongada dictadura de Porfirio Díaz, no fue militar ni tuvo ningún puesto de mando en la administración pública. Venía de un sector acomodado y de hacer estudios encaminados a mejorar los sistemas de trabajo en las empresas de su familia. Le atraían la economía, la agronomía y la mecánica, y le preocupaban la historia, la sociología y otras ciencias relacionadas con la vida del ser humano. En los Estados Unidos y en Europa pudo comparar las condiciones en que prosperaban aquellos pueblos, con la triste condición en que vegetaban las gentes de su tierra. Se afanó por escrutar las causas del atraso de los mexicanos y llegó a la conclusión de que lo más urgente para nuestra nación era un cambio de gobierno. Con esa idea regresó al país y desde principios del siglo hizo ensayos democráticos en la región vitivinícola de Coahuila. En los ámbitos de la política nacional, su nombre fue conocido cuando publicó su famoso libro *La sucesión presidencial de 1910*. Con esa obra inició Francisco I. Madero sus luchas por la emancipación del pueblo mexicano.

\*  
\* \*

Al presentarse la campaña por la renovación de los Poderes Federales, Madero fue el más decidido organizador del Partido Antirreelecciónista. Celebrada la convención de este partido, en el Tívoli del Elíseo, en abril de 1910, surgió la candidatura de Madero a la Presidencia de la República. Los hombres del Poder no tomaron en cuenta ese movimiento democrático y se olvidaron de Madero. No les preocupaba la candidatura de un hombre surgido así, casi sin ruido y sin charreteras. Al más popular de los generales, don Bernardo Reyes, se le había nulificado fácilmente, con la inteligente acción del partido “científico”. A Madero lo tildaron de incauto, de iluso y hasta lo tomaron por un demente. ¡Qué lejos estaban los aristócratas del *Jockey Club*, de advertir el peligro que les traía un desconocido sin antecedentes en la alta política!

\*  
\* \*

Con verdadera fe de apóstol, Madero se lanzó a la propaganda de su candidatura, yendo a todos los rincones del país, sin temor a la represión de las policías de la dictadura, ni miedo a los rurales

o a las tropas de línea. Los caciques pueblerinos sí temieron su actitud y la resolución con que hablaba al pueblo. Madero tenía facilidad de palabra y entusiasmaba a las multitudes con sus conceptos patrióticos y el valor natural con que emitía sus pensamientos, aun cuando fueran hirientes o demoledores. En todas partes fue hostilizado. Recordemos que en Sonora se prohibió a los hoteleros que le alquilaran alojamiento. Ni por consideraciones a su esposa, quien le acompañó siempre, Madero pudo conseguir una posada en qué pasar la noche, en varias ciudades del Estado fronterizo. Fueron sus más ardientes partidarios quienes lo llevaron a vivir en sus casas. En Navojoa, Benjamín Hill y Flavio A. Bórquez estuvieron a sus órdenes. En Hermosillo tuvo que vivir en la fotografía de Jesús H. Abitia, un revolucionario que no temía al gobierno.

Sonora se volvió maderista, desde que el pueblo pudo ver la forma en que lo trataban los esbirros del nefasto gobernador Izábal. Cuando Madero quiso hablar en la plazuela del Parián, la policía y unos cuantos léperos pagados interrumpieron su discurso y varios empleados del gobierno lo insultaron y lo befaron. Entre ellos estaban Brígido Caro, Espergencio Montijo y Pedro N. Ulloa.

No fueron en vano las prédicas de Madero. Sus campañas sirvieron para que los antirreelecciónistas se organizaran en toda la República. Cuando la dictadura se dio cuenta de que era un peligro, lo mandó a la cárcel de San Luis Potosí, dando lugar a que los maderistas decidieran lanzarse a la lucha armada. Lo demás ya se sabe: Puebla y Aquiles Serdán; Chihuahua y Abraham González; Sonora y Juan G. Cabral. Y así sucesivamente. Se tomó Ciudad Juárez. Se firmaron los tratados. Don Porfirio huyó. El 6 de noviembre de 1911, Madero tomó posesión de la Presidencia de la República.

\*  
\* \*

La reacción no se dio por vencida. Madero concedió todo género de libertades y, entre ellas, la libertad de expresión. Vino una campaña enconada contra el hombre que había llegado a luchar por la democracia y la dignificación del ciudadano. Su gestión no fue entendida o no quisieron comprenderla. Arreció la campaña de insultos, de diatribas, de mentiras y de alarmantes rumores. Los vencidos de ayer se reorganizaron y el “glorioso” Ejército Federal —el guardián de las Instituciones— defecionó en forma alarmante. Los militares antiguos perdieron la decencia y el decoro. Casi todos fue-

ron traidores. Son muy pocos los que se salvan de aquella vergonzosa deserción.

Huerta, Reyes, Félix Díaz y Mondragón fueron los cabecillas de la asonada contrarrevolucionaria. Con engaños, traiciones y crímenes se hicieron del Poder. Madero tenía un buen concepto de casi todos los hombres y nunca creyó que pudiera haber tanta felonía y deshonor en un ser humano. Con todo su admirable valor y la sonrisa en los labios, vivió los negros y últimos momentos de su paso por la Presidencia de la República. Fue al martirio creyendo todavía en la bondad y en el desinterés de los hombres. Conoció a Huerta después de que el chacal había ordenado su muerte.

Las nuevas generaciones de México no alcanzan a comprender la portentosa hazaña de Madero, al enfrentarse a la que parecía incolmable dictadura. Don Porfirio contaba con todo: dinero, ejército, propaganda, relaciones internacionales y fama de enérgico y poderoso. El profeta de Coahuila sólo tenía su fe en las clases populares, seguro de que al despertarlas nadie podría contenerlas. Y así sucedió. La contrarrevolución nacida en la Ciudadela, sirvió para fortalecer y tornar incontenible el movimiento revolucionario. ¡Y Madero sigue en pie!